

nacion y nos inclinan á la venganza, porque la carne viciada por el pecado lucha siempre contra el espíritu y algunas veces nos hace obrar lo que no queremos y apetecer lo que no es justo. Mas estos apetitos de la naturaleza corrompida no se nos imputan á pecado si el espíritu los resiste y no les dá su consentimiento, por lo cual no hay que desconfiar aunque esperitemos en nosotros mismos una cierta inclinacion á la venganza mientras la voluntad se mantenga firme, desaprobe esta inclinacion y procure olvidar las injurias con toda la plenitud que desea. No obstante, es preciso confesar que de este combate de la concupiscencia contra la caridad respecto del perdon de las injurias se sigue claramente que no es bastante haber perdonado una vez las ofensas recibidas, sino que es necesario perdonarlas con alguna frecuencia para impedir que la malignidad del corazon las restablezca insensiblemente en nuestra imaginacion y que imprima de nuevo en nuestro espíritu una avercion voluntaria contra los que nos han ofendido.

Reiteremos por consiguiente el perdon de las injurias. Reflexionemos que los hombres nada nos pueden quitar que nosotros no merezcamos perder por nuestros pecados; y que las injurias que nos hacen son siempre menores que lo que en justicia deberíamos sufrir por haberlos cometido. Si perdonamos con buena voluntad estas injurias, Jesucristo nos es fiador de que nos será perdonada toda nuestra deuda. Perdonemos pues, perdonemos de corazon, y el Señor nos perdonará á nosotros en esta vida, y en la otra nos dará la gloria. AMEN.

PLÁTICA XII.

SEXTA PETICION.

Et ne nos inducas in tentationem.

Y no nos dejes caer en la tentacion.

(Matth. vi, 13.)

CRISTIANOS: además de los males positivos que nos causó el pecado del primer hombre, la exposicion á sufrir otros y el ser juguete

del capricho diabólico del comun enemigo, es un mal y mal gravísimo, cuyo peso y consecuencias hasta los mas santos y justos están llevando todos los dias de la vida, es otro por cuyo preservativo estamos obligados á pedir y rogar á Dios. El mismo Jesucristo sufrió las tentaciones del diablo en el desierto, y los Santos las han sufrido terribles. El empeño de este enemigo contra los cristianos está en hacerles resbalar del camino de la justicia que han emprendido, por que sabe que si lo consigue, entonces los tiene mas seguros en su servicio: de los que tienen esta desgracia dice el apóstol san Pedro: «que les hubiera sido mejor no haber conocido el camino de la justicia, que abandonar la ley santa que se les habia dado. (I, Pet. ii, 21.)

Queriendo, pues, el Salvador darnos armas contra las asechanzas de tan perverso enemigo, nos enseñó á pedir su auxilio y proteccion diariamente en la oracion. Esto mismo mandó á sus apóstoles estando ya próximo á morir: Velad, y orad para no caer en la tentacion: *vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem.* (Matth. xxvi, 41.)

Fácilmente comprenderéis esta necesidad, si consideráis la imbecilidad é ignorancia que todos tenemos para poderlo vencer: si recordais que Jesucristo dijo: *que el espíritu siempre está pronto, pero la carne es flaca.* (Matth. xxvi, 41): si poneis ante vuestros ojos el ejemplo tremendo de la humana miseria que nos dieron los mismos discipulos de Jesús en la pasion, huyendo todos, y negándolo tres veces el que mas valiente se le ofreciera. Si pues los santos sucumbieron, ¿cuán de temer es que nosotros hagamos otro tanto, si de nuestras fuerzas solas nos confiamos?

Mientras vivimos, estamos rodeados de peligros y tentaciones; el mundo, la carne y Satanás nos tientan á cada paso. ¿Quién es el que no experimenta los males de la ira, de la codicia, de la ambicion y la lujuria? ¿Quién no sufre sus embates? ¿Quién no es atormentado de sus estímulos? ¿Quién no siente sus punzadas? ¿Quién no se quema con sus llamaradas? Y de verdad que son tan varios sus golpes, sus punzadas tan diversas, sus peticiones tan diferentes, que es muy difícil no recibir alguna herida. Y además de estos enemigos que habitan con nosotros hay otros tan acérrimos que el mismo san Pablo los temia, y nos advirtió por lo mismo: «Que no es nuestra pelea contra la carne y sangre, sino contra los principes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos. (Eph. vi, 12). Y les llama *principes* por la

excelencia de su naturaleza, superior á la de todas las cosas sensibles: y *potestades*, porque á todas las exceden tambien en poder: por último los apellida adalides del mundo de tinieblas, porque ellos imperan, mandan, dirigen y gobiernan, permitiéndoselo Dios para nuestro ejercicio y prueba, no el mundo claro é ilustre, sino el oscuro, tétrico y caliginoso de aquellos hombres malos y perversos que en sus iniquidades los llevan delante por guías y conductores. Con sus estudios malignos, con sus astucias sagaces, con sus pasiones sórdidas é innobles seducen, halagan y vencen; ved si es terrible la guerra!

Su atrevimiento es tal que en nada reparan: quisieron en su tentativa primera escalar el cielo, y arrebatar á Dios el poder; en seguida emprendieron con el primer hombre, lo tentaron y lo vencieron: desde entonces no hay castillo, ni fortaleza de virtud, por inexpugnable que parezca, cuya rendicion no intenten: á los apóstoles los rodeaban para cribarlos como el trigo, segun se lo previno Jesucristo, y á todos los fieles los acecha el diablo, cual leon rugiente para devorarlos, en frase del apóstol san Pedro. Ya unas veces solo, ya otras adunando las fuerzas de muchos, su inclinacion y oficio es siempre el de tentar á los hombres. Y esto no lo hacen tanto con los malos, como con los buenos, pios y religiosos. Con aquellos ya obtuvieron su triunfo, y cuando mas su trabajo consistirá en procurar que no se les escapen: con estos procuran ganarlos, atraerlos, rendirlos.

Sentados estos avisos generales, preciso es saber cómo y cuándo se sufren esas tentaciones, de las que Jesucristo nos manda pedir á su Padre en la oracion, que de ellas nos libre y no nos deje caer. Voy á explicároslo.

Ante todas cosas expliquemos lo que es tentacion. Hay dos modos de tentar. El primero es sondear el interior de una persona para saber de ella alguna verdad oculta que nos interesa y conviene saber. Este modo de tentar no puede convenir á Dios á cuyos ojos todas las cosas están descubiertas y patentes. El segundo modo de tentar es, cuando se prueba á alguno para sacar de él algun bien ó algun mal. Se tienta á uno para bien cuando se experimenta ó prueba su virtud á fin de que por ella sea premiado y honrado, y viendo los demás su ejemplo se exciten á su imitacion y glorifiquen al Pa-

dre celestial en las buenas obras que advierten en él. Este modo de tentar conviene propiamente á Dios. Las santas Escrituras nos dicen que Dios tentó á Abrahan mandándole sacrificar á su hijo Isaac para que su obediencia sirviese de modelo á todos los hombres; que fué necesario que la tentacion probase á Tobías por lo mismo que era acepto á Dios; que tentó á Job para darnos un ejemplo singular de paciencia; y en fin, que nos tienta á nosotros para que se descubra si le amamos ó no con todo el corazon. Las prosperidades y males de la vida son en este sentido tentaciones de parte de Dios, porque son pruebas que sirven para conocernos á nosotros mismos y mostrar á todos lo que somos.

Se tienta á uno para el mal cuando se le solicita al pecado, ó se le pone en peligro de pecar. Este peligro lo podemos poner nosotros á los demás, nos lo podemos poner á nosotros mismos, y lo pone tambien, por último, el enemigo. Lo ponemos á los demás, cuando los solicitamos expresamente á que pequen, ó indirectamente les presentamos los alicientes del pecado. Por ejemplo, el que pone en manos de otros malos libros, escritos obscenos, inmorales y escandalosos, estampas, caricaturas ó retratos impíos, lúbricos y deshonestos, y el que da por sí mismo lecciones de inmoralidad con su mala vida y hechos perversos: no hay necesidad de decirles claramente, venid y pecad: basta echarles la chispa que ha de causar el incendio.

Nos tentamos á nosotros mismos, cuando libre y espontáneamente nos ponemos en la ocasion y peligro con esas y otras cosas y acciones semejantes; cuando en lugar de ir á frecuentar la conversacion y trato de los buenos, buscamos á los malos; cuando en vez de ir á la Iglesia y á las casas edificantes, vamos á las concurrencias profanas, en donde siempre ó casi siempre hay peligro de corromperse, mas bien que de salir edificados; cuando leemos malos libros y los buscamos de intento, aun sabiendo que son malos y peligrosos.

El demonio nos tienta, por fin, valiéndose de todo esto, de nosotros mismos, de nuestras pasiones, y de los demás que nos las exciten y favorezcan por todos estos medios. Hasta de los beneficios de Dios podemos abusar, y servirnos ellos de tentacion: el talento mal empleado es una tentacion: el ingenio y la instruccion dirigida á lo malo, es otra tentacion: la hermosura empleada en seducir á otros y en usarla para daño del alma, de la reputacion y del honor es otra tentacion continua y casi inevitable: las riquezas y la posicion elevada, lo son tambien á no dudar, si de ellas se hace un

mal uso. No hay para qué detenerse mucho á explicar estas indicaciones: consúltese á sí mismo cada cual, y verá cómo y cuando es tentado, cuándo y cómo tienta y provoca á otros, y cuándo el diablo le sugiere medios y modo de poner en accion y movimiento todos y cada uno de esos resortes para dañarnos, ó hacer que seamos el tropiezo de los demás.

Se dice tambien de Dios en algun sentido que nos induce á la tentacion cuando abusamos en daño propio y para nuestra perdicion de los beneficios mismos que el Señor nos dispensa para nuestra salud, cuando nos servimos de los bienes para vivir desordenadamente y gozar los placeres de los sentidos, permitiéndolo Dios así. Digo *permiéndolo Dios*; pues aunque el hombre toma ocasion de sus beneficios para deslizarse en estos males, Dios no los aprueba sino que los permite. Ni penseis que la permission de Dios significa alguna accion suya que se ordena al mal, como parecen indicarlo algunas expresiones de las Escrituras; estas expresiones deben entenderse del abandono en que á veces nos deja el Señor, por castigo de nuestra misma perversidad. «Yo endureceré el corazon de Faraon,» decia Dios en el Éxodo (cap. iv, 21): esto es, yo lo abandonaré para que sufra su merecido castigo en su misma maldad. «Señor, decia Isaías, embota el corazon de este pueblo, tapa sus orejas, y véndale los ojos; no sea que quizá con sus ojos vea, y con sus orejas oiga, y comprenda con su mente, y se convierta, y tenga yo que curarle (cap. vi, 10).» Y hablando de los mismos, dice san Pablo, que el Señor los entregó á su réprobo sentido, y á las pasiones de ignominia: es decir, los abandonó, les negó sus gracias, que no merecian, y así los dejó en gran peligro, en gran tentacion.

Ahora pues, en esta peticion del Padre nuestro, no pedimos á Dios que nos libre absolutamente de toda tentacion, sino que no permita que sucumbamos en ellas; que no nos deje en abandono para que caigamos en pecado. Las tentaciones las sufrió el mismo Jesucristo; pero las venció: las tentaciones las sufrieron todos los santos, y las sufren todos los hombres, quanto son mejores con mayor violencia. El pecado no está en sentir las, sino en consentirlas. Es imposible que dejemos todos de tenerlas, y con mucha frecuencia, supuesta ya la explicacion de lo que son ellas y en los diversos elementos buenos y malos de que se forman, que aprovecha y utiliza el enemigo. Mas para vencerlas, no bastan nuestros propios esfuerzos; es preciso acudir á Dios y á su divina gracia; es preciso orar y pedir incesantemente que no nos deje caer en ellas.

Bien podremos por nosotros mismos dejar de ver malos ejemplos de impíos y malvados corrompidos, sin Dios, sin conciencia, sin pudor, sin moralidad; bien podremos no leer libros obscenos y malos; bien podremos cerrar los ojos para no ver estampas lúbricas, para no presenciar escenas de disolucion; bien podremos tapar con espaldas nuestros oidos para no oír el desenfreno de las lenguas, el ruido diabólico del mundo, que á cada paso induce á pecar; pero y de nosotros mismos con nuestros dones y naturaleza, y dádivas del cielo, y pasiones, ¿quién nos libertará? ¿Y quién nos libertará del demonio que hasta en lo bueno nos tienta y se vale de ello para hacernos caer? ¿Y quién, sobre todo, nos preservará y pondrá seguros y á cubierto de la justicia del Señor, de su enojo y abandono? Nadie sino el mismo Señor, rogándole y pidiéndole que no nos deje caer en la tentacion. Con estos medios solos y no con otros es con los que podremos triunfar de ellas y vencer al enemigo. Vencido, y victoriosos nosotros, recibiremos los premios que Dios tiene prometidos á los que vencen: «El que venciere, dice en el Apocalipsis, no será dañado por la muerte segunda: el que venciere, será vestido de ropas blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, antes bien le celebrará delante de mi Padre y de sus ángeles: al que venciere, le haré columna en el templo de mi Dios, de donde no saldrá jamás fuera: al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono; así como yo fui vencedor, y me senté con mi Padre en su trono. (Apocal. xi, 41.—v, 5, 12 y 21.)» Y por fin exponiendo san Juan la gloria de los Santos y la perpétua abundancia de bienes que en ella gozarán, añadió: «El que venciere, poseerá estas cosas. (Apoc. xxi, 7.)»

No permita el Señor que sucumbamos en las tentaciones; haga que siempre salgamos victoriosos, y por premio nos dé tantos bienes como nos promete, y el superior y mas grande de todos que es la gloria. AMEN.

PLÁTILA XIII.

SÉPTIMA PETICION.

Sed libera nos à malo. Amen.
 Libranos de todo mal. Así sea.
 (Matth. vi, 13.)

ESTA última petición con que Jesucristo mandó que concluyésemos la oracion, es como el epitome ó epilogo de todas; para manifestar su fuerza y valor usó de ella cuando separándose del mundo para subir al seno de su Padre, rogó por la salud de los hombres. *Rogo enim, ut servet eos à malo*: te ruego, Padre mio, que los preserves de mal (Joan. xvii, 15). Y realmente en la palabra genérica *mal* se comprenden las tentaciones, los pecados, la privacion de las gracias, y en suma, quanto nos puede dañar en esta vida y en la otra. Así es que en dicho de san Cipriano, cuando hayamos conseguido lo que se desea en esta petición, ya no tenemos mas que pedir, pedida una vez la proteccion de Dios contra lo malo, puesto que alcanzada, estamos seguros contra todo quanto el diablo y el mundo puedan hacer. Se diferencia esta petición de la anterior, en que aquella es para evitar la culpa, y esta para librarse de la pena.

Los males de la vida, de que debemos pedir al Señor se digne libertarnos, son harto conocidos de todos; y cuando no lo fueran, la sagrada Escritura nos los pinta en muchos lugares: « El hombre nacido de la mujer, dice el libro sagrado de Job, vive corto tiempo y está atestado de miserias. El sale como una flor, y es cortado; huye como una sombra y jamás permanece en un mismo estado. (Job. xiv, 1.) » Ni un solo día pasa en que no experimente alguna molestia nueva sobre las de los anteriores; testigo la voz del Salvador que dice: *bástale al día su malicia*. Suficientemente lo declara aquel consejo del mismo Señor, en que nos dice, que el que le haya de seguir ha de llevar su cruz todos los días.

Así el que se convenza por experiencia propia de la multitud de

males que persiguen la humana condicion, comprenderá la necesidad de pedir al Señor que de ellos le libre. La fe y la misma naturaleza impulsan á pedir remedio al que se ve agobiado de males. Persuadido estaba el profeta de esta verdad cuando decia: *Imple facies eorum ignominia, et quærent nomen tuum, Domine* (Sal. 82, 17.) llena su rostro de ignominia, y entonces te buscarán, é invocarán tu nombre. De cierto, cristianos, que no ha y mejor tiempo y ocasion para volverse á Dios, que cuando hay males y desgracias; entonces es cuando se aviva la fe y crece y consueta la esperanza cristiana. En esta inteligencia, veamos qué males, peligros y calamidades son de las que pedimos á Dios nos libre.

Si los hombres todos oprimidos de males piden al Señor espontáneamente su remedio, bueno será enseñarles el modo regular con que rectamente deban hacerlo.

No faltan cristianos que, contra el precepto y mandato expreso de Jesucristo, invierten el orden debido en su oracion. El mismo que nos mandó acudir á él en el día de la tribulacion, nos prescribió el orden de la oracion: quiso, pues, que antes de pedirle que nos libre del mal, pidiésemos que su nombre sea santificado, que venga á triunfar su reino y las demás cosas, por cuyos grados hemos llegado á esta petición. Pero algunos, si les duele el pié, la cabeza, ó el costado: si tienen una pérdida en su casa: si se ven amenazados de trabajos y de peligros: si sufren hambre, guerra, peste ú otros males, piden antes que nada, ser libres de ellos, sin acordarse de buscar la gloria del Señor, y el reino de Dios y su justicia. Por el contrario los que saben dirigir su oracion rectamente, cuando piden al Señor los libre de calamidades, de males y desgracias, aun esto lo hacen porque de ello resulta la gloria de Dios, y no su propia comodidad. Así el profeta David pedia al Señor que no le arguyese en su justicia, ni le corrigiese en su ira, añadiendo por causa y razon, la de que ninguno en la muerte se acordaria de él, ni en el infierno confesaria su nombre: *Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripas me.... Quoniam non est in morte qui memor sit tui, in inferno autem quis confitebitur tibi?* (Sal. vi, 6). El mismo, cuando imploraba la divina clemencia, añadía, que de este modo enseñaria sus caminos á los inícuos, y se convertirían los impíos. De esta suerte es como se ha de pedir á Dios que nos libre

de lo malo, para glorificarle, para enseñar á otros que le glorifiquen, para darle honor y tributarle homenajes; no para quedar en mas libre ejercicio de nuestra voluntad corrompida y entregarnos á lo malo.

Y aquí viene perfectamente la comparacion entre las oraciones de los infieles y las de los cristianos: aquellos piden, sí, pero poniendo toda su esperanza en los medios humanos, porque su fin es tambien humano y temporal: estos la ponen en Dios, porque su único fin es Dios y su gloria. En las enfermedades, por ejemplo, los gentiles buscan medicamentos y remedios de la naturaleza é industria de los hombres; y los toman, vengán de donde vengán, aunque se les proporcionen por medio de encantamientos, sortilegios, ú obra del demonio, con tal que se les dé alguna esperanza de salud. Muy lejos de estos descabellos los cristianos, en sus enfermedades y en todas las cosas adversas, ponen su único y sumo refugio y auxilio de salud en Dios; á él solo reconocen y veneran como autor de todo bien y libertador de todo mal; la virtud de los remedios para sanar saben que de él les viene, y que si los deben tomar es como medios que el mismo Señor ha creado para expeler las enfermedades. *Altissimus creavit de terra medicamenta, et vir prudens non abhorrebit illa*, dice el Eclesiástico (xxxviii, 4): por cuya razon el cristiano no pone en ellos la esperanza de recuperar su salud, sino en Dios que es su autor.

En este mismo sentido, en todos los demás géneros de males, deben usarse los medios humanos, si consta que por las sagradas Letras la ley divina los prescribe y ordena para que los adoptemos, fiando siempre en Dios como causa primera y en la virtud que el mismo Señor les ha dado; no en ellos únicamente ni en su naturaleza, ni en el arte, porque no hay ni arte, ni naturaleza sin Dios.

Pero cuando pedimos al Señor con esta fe y apoyados en esta doctrina, que nos libre de ellos, no hemos de creer que debemos absolutamente comprender en esta peticion todos los males; hay algunos que desde luego se sabe vienen de Dios para sacar con ellos el aprovechamiento espiritual de las almas, y la perfeccion en la virtud, como decia el Apóstol; entonces lejos de pedir al Señor que nos libre de ellos, ha de hacerse lo contrario, puesto que de su sufrimiento ha de resultar la salvacion.

Fuera de los males del alma y del cuerpo, fuera de los que traen las tempestades, las tentaciones y los hombres, los que principalmente están comprendidos para los cristianos en esta peticion son los que

causa el demonio como autor de la culpa, y exactor de la pena: él no solo induce á los hombres á pecar, sino que aunque no pequen les tiene declarada una perpétua guerra y los persigue sin tregua ni descanso con odio encarnizado. Este es el verdadero mal de que hemos de pedir y rogar á Dios nos preserve y libre. Y parece como que Jesucristo quiso designarlo así terminantemente en las palabras que nos enseña á usar para esta peticion: no dijo *libranos de males*, sino *libranos de malo*, esto es, del malo, del diablo, del enemigo comun, autor de los males y perseguidor de los buenos: á él se refieren y atribuyen siempre todos los males, aun los que causan los hombres; porque él les inspira la ira, la venganza y el odio para que los causen. Diciendo que nos libre el Señor del malo, entendemos que nos ponga á cubierto de su influjo directo contra nosotros y del indirecto que viene del mal que induce en los demás, ó que les impele á que nos lo hagan á nosotros. Él se vale de los hombres, de los elementos y de las enfermedades para dañarnos, si Dios le da licencia y poder. Lo tenemos patente en lo que hizo con el santo Job: á pesar de ser un hombre tan justo que no habia en la tierra otro semejante, segun el testimonio del mismo Dios, no se contentó con hacer que se conjurasen en un dia contra él todos los elementos, y hombres malvados, para privarle de todo cuanto poseia, y aun de sus hijos, sino que lo cubrió de heridas y llagas de piés á cabeza y le puso en un estado tan miserable, que sentado en un estercolero se raia la podredumbre con una teja; y por si no era bastante, indujo á su muger y á sus tres amigos á que lo llenasen de insultos é improperios, en vez de prodigarle los consuelos de la compasion y amistad.

Pero así como este justo no por eso se desanimó, nosotros cuando veamos que en nuestros males el Señor se hace sordo é indiferente, al parecer, no por eso debemos desconfiar y amilanarnos; llegará el dia y la ocasion en que alce el Señor la mano pesada de su justicia de sobre nosotros y la descargue contra nuestro adversario y sus cómplices. Déjese á Dios la venganza; él cuida de nuestra suerte temporal y eterna, y sabe cuándo y cómo ha de hacerla.

La última palabra con que se concluye la oracion del Padre nuestro es *amen*, que quiere decir *así sea*; así se haga todo como lo hemos pedido. Pero como ocupa el lugar preferente en ella la cláusula de que se haga la voluntad de Dios cumplidamente lo mismo en la tierra que en el cielo, á esta debe ir arreglado el último deseo final de todas las peticiones.

Nuestra oracion ha de empezar con un grande y eficaz deseo de dar honor, gloria y alabanza al Señor, y con el mismo deseo debe terminar. Sin embargo, el Catecismo al explicar la inteligencia de esta última palabra, dice que significa en el sentido de la Iglesia lo mismo que aceptacion y otorgamiento de las peticiones que la preceden: que por eso, siendo una voz hebrea, se ha querido conservar para concluir todas las preces de la Iglesia, como dando á entender que no se quiere que pierda de la fuerza de su significado. Jesucristo la usó muchas veces, para asegurar la firmeza de lo que decia; y en este sentido la pronuncia el sacerdote en el sacrificio de la Misa, como para responder afirmativamente á lo que el mismo pide por todos, dejando á que el pueblo responda con la peticion general, que abraza todas las otras, *mas libranos de mal*.

La firmeza y eficacia de la oracion nos la manifestó el Salvador en mil ocasiones, encargando que la tuviésemos, que orásemos y pidiésemos siempre. La mejor de todas es la del Padre nuestro, los Santos la han usado; sabiéndose de algunos, que son tenidos por modelos en esta virtud, que su oracion estaba puramente reducida á rezar solo un Padre nuestro con tal devocion y contemplando de tal suerte sus peticiones, que á veces se detenian cinco ó seis horas, repitiéndolo hasta que lograban rezar uno sin sufrir ninguna distraccion. Imitémoslos nosotros; pongámonos en la presencia de nuestro Padre celestial y dirijámosle esta oracion siempre que queramos alcanzar de su infinita piedad y clemencia alguna cosa espiritual ó temporal; pero cuidando de referirlas todas á su mayor gloria y honor, y con ánimo resuelto de someternos á su divina voluntad en todo caso, ya nos sea favorable, ya adverso el resultado. El Señor nos oirá y nos dará lo que mas convenga en esta vida y despues la salvacion eterna en los cielos. **AMEN.**

PLÁTICA XIV.

DE LA SALUTACION ANGÉLICA.

Ave, gratia plena.

Dios te salve, oh llena de gracia.

(Luc. 1, 28.)

La oracion dominical es una oracion que nos vino del cielo y que se nos comunicó por el mismo Hijo de Dios; ella es pues la oracion mas santa que podemos dirigir á nuestro Padre celestial. Así es que, de un extremo del mundo al otro, está diariamente en los labios de los cristianos. ¡Cuántas gracias no nos alcanzará esta oracion, y qué frutos tan grandes de salvacion no producirá en nosotros, si es ofrecida á Dios por las manos de María! ¡Es tan poderosa la intercesion de María sobre el corazon de Dios! Por esto es sin duda, hermanos míos, por lo que en todas partes y cuasi siempre la oracion del Señor es seguida de la *salutacion angélica*. Vosotros apreciáis esta saludable oracion, y yo no dudo que la rezaréis todavia con mayor fervor cuando yo os diga las santas palabras de que se compone y la significacion que tienen.

La *salutacion angélica* se llama así de las primeras palabras de que se compone, que son las palabras de que se sirvió el ángel cuando anunció á María que seria madre de Dios. Ella se divide en tres partes. La primera procede del arcángel S. Gabriel, y son estas palabras: *Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo*. La segunda parte procede de santa Isabel, que dijo á María: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre*. La tercera parte es una súplica que la Iglesia añade, y que comienza con estas palabras: *Santa María, Madre de Dios*; palabras con que la Iglesia, reunida en el concilio de Efeso, confundió la heregia que oraba negar á María el glorioso título de Madre de Dios. Es pues muy digna esta súplica, y las palabras que la